

Carta a Virginia Wolf

Sobre la guerra y las mujeres



Traducción libre de un texto de Farrell por Elizabeth Ross



Los Cuadernos del Viento
2

*Toma entonces una guinea y
úsala para mantener los grandes principios
de justicia, igualdad y libertad*
Virginia Woolf

La guerra no ha terminado. Aunque los misiles cargados de bombas de racimo ya no estén despedazando los cuerpos irakíes, la guerra no ha terminado. Es por esto que traduzco esta carta, aparecida en la revista virtual *matrifocus*, en su edición de Beltane 2003. Farrell es una feminista de Wisconsin y una muestra de cómo la conciencia está viva y activa dentro de la sociedad del contradictorio país vecino.

Virginia Woolf escribió *Tres Guineas* a raíz de una carta que le envió un lector desconocido, quien le hizo una pregunta: ¿cómo podemos evitar los conflictos bélicos? Llegar a una respuesta le llevó tres años de reflexión y tomó la forma de este libro, publicado sólo unos meses antes de que estallara la Segunda Guerra Mundial, en 1938. En este ensayo, Virginia une naturalmente el feminismo con el antiguerrerismo, ya que para ella es obvio que la conciencia de las mujeres es el camino más directo hacia un mundo diferente, de paz y contra el fascismo que sustenta a la androcracia. En este libro ella declara: como mujer no tengo país. Como mujer, no quiero país. Como mujer, mi país es el mundo entero. Y con esto hace

patente su desprecio por las nociones de patria y nacionalismo, inventos finalmente patriarcales. La guerra no es en absoluto un camino para conseguir la independencia, y mucho menos la de las mujeres. Decía que una de las maneras para no participar en esa cruenta maquinaria era negarse a tener hijos y así *dejar de suministrar carne de cañón*.

En *Tres guineas* Virginia Woolf analiza el acceso a la educación, la independencia económica y la guerra.



Una guinea era una libra, un chelín y un diez. Lo que hacía £1.05 y podía escribirse '1g' o '1gn' o, en plural, '3gs' o '3gns'. La guinea era considerada más de caballeros que una libra. Al comerciante, al carpintero, le pagas en libras, pero a los caballeros, como lo sería un artista (i), les pagas en guineas. (Wilkie Collins)

Querida Virginia,

Te cuento que hicieron una película acerca de ti y la Señora Dalloway. La actriz que te representó ganó un premio por repetir tus palabras en la pantalla, pero en su discurso de agradecimiento mencionó al guionista y se olvidó de ti.¹

La ceremonia de premiación se efectuó al mismo tiempo que se hacía la última guerra. De las trece mujeres que hay en el Senado de los Estados Unidos, nueve de ellas votaron a favor de iniciar las hostilidades, junto con 64 de los hombres. Esto significa el 70% de las mujeres y el 73% de los hombres. A pesar de la diferencia en cantidad de escaños, no la hubo en el porcentaje de votos.

Y, Virginia, tú lo predijiste. Escribiste *Tres Guineas* entre 1936 y 1938, *entre guerras*, como la gente llamó al período entre la primera y la segunda conflagración mundial. Lo escribiste en un tiempo en que las mujeres, al menos las *hijas de los hombres educados*, apenas empezaban a tener trabajo y recibir sus propios seis peniques de sueldo en sus manos enguantadas. En *Tres Guineas*, diste respuesta a tres demandas de contribución financiera, a saber:

¹ *Las Horas* fue el título de una versión previa de *La Señora Dalloway*, publicada en 1925. Este libro ha sido reeditado a partir de la película por la cual Nicole Kidman ganó su Oscar.

- una campaña para ayudar a prevenir la guerra y *proteger la cultura y la libertad intelectual*.
- un fondo para construir un colegio para mujeres.
- una sociedad que promoviera la inclusión de *las hijas de los hombres educados* en las profesiones

Sabías que para que una mujer pudiera tener algún impacto en asuntos de guerra y cultura, debía ser financieramente independiente y que, para alcanzar esa independencia, debía ser educada en profesiones que debían estar abiertas para ella.

Las mujeres en Inglaterra habían pasado décadas trabajando sin éxito por lograr el voto, el acceso a las universidades, la independencia económica. Y lo que movió la balanza a su favor fue la primera guerra mundial. Aunque algunas mujeres se avergonzaron enérgicamente de los hombres que no portaban uniforme y les daban una pluma blanca que simbolizaba su cobardía, muchas miles salieron de los confines de sus casas y escuelas para hacer el trabajo de los hombres que peleaban y morían al otro lado del mar. La guerra mató tantos hombres que toda una generación de mujeres británicas esperaban permanecer solteras o viudas el resto de sus vidas.

En 1919, después de la *Guerra para terminar con todas las guerras*, el Parlamento abolió la

prohibición de que las mujeres tuvieran una profesión. El siguiente año, las británicas obtuvieron el voto y Oxford comenzó a ofrecerles grados (no así la Universidad de Cambridge, que se mantuvo cerrada a las mujeres cuando empezaste a escribir tus *Tres Guineas*).

Tú viste los comienzos de la independencia femenina, de su prosperidad e influencia –nacida de las oportunidades de la guerra, si- pero aún tan nueva, que podías esperar que las mujeres empoderadas pudieran transformar el mundo. Pero también viste la trampa: si las mujeres son educadas como los hombres, admitidas en las profesiones como los hombres, las mujeres exitosas serían aquellas que más se parecieran a los hombres exitosos.

Le dijiste a los que buscaban fondos para el colegio para mujeres que solo contribuirías si el plan de estudios no contenía la enseñanza de *las artes de la dominación, ni las artes de mando, asesinato, de adquisición de tierra y capital. Eso requiere –dijiste- de gastos altísimos: salarios, uniformes y ceremonias.*

Virginia, tú fuiste más radical que las feministas de los 70s que trabajaron tanto por hacer que los Estudios de la Mujer estuvieran en el mismo nivel académico que la protegida investigación de armas. Fuiste tan radical como las separatistas, que trabajaron igual de duro por retirarse de la cultura de dominio, aunque algunas

esporas se les hallan pegado a las suelas de los zapatos y viajado hasta la tierra de las mujeres.

Ahora hay mujeres que enseñan sin grados ni instituciones, que trabajan sin honores y ceremonias. Muchas de ellas hacen lo que pueden por crear un mundo sin guerra. Pero, claro, esas mujeres no son elegidas senadoras. Las senadoras han sido educadas y pasadas por miles de cedazos culturales, así que no es sorprendente que Blanche Lincoln, Dianne Feinstein, Hillary Clinton, Jean Camahan, Kay Bailey Hutchison, Maria Cantwell, Mary Landrieu, Olympia Snow y Susan Collins votaran por esta guerra en particular. Es de hecho más sorprendente que Barbara Boxer, Barbara Mikulski, Debby Stabenow, Patty Murria y 19 de sus colegas masculinos votaran en contra.

Claro que tú, Virginia, concluiste que darías tu guinea para la construcción del colegio aún si no garantizaba un currículo radical. Para tener cualquier efecto en materia de guerra y cultura, la mujer debe ser capaz de ganar su propio dinero. Las mujeres senadoras han alcanzado el poder de votar sobre la guerra, pero no de detenerla. Quieren cuidar su chamba o, como mujeres que han aprendido el éxito de los hombres, hasta puede que en verdad la aprueben.

Como todavía no es tan fácil para una mujer encontrar un buen trabajo, no sorprende que las mujeres continúen aprovechando las *oportunidades* de la guerra. Hacia el 30 de

septiembre del 2002 un total de 212,266 mujeres pertenecían al ejército de Estados Unidos. Con cada guerra que hace este país más mujeres militares participan en roles activos y, con cada guerra, más mujeres militares mueren. Lori Piestewa fue la primer soldado² mujer, además de ser india, que murió en la guerra contra Irak. La prensa indígena estadounidense se refirió a ella como *guerrero Hopi*.

Cierto que algunos de los roles de combate aún están cerrados a las mujeres, pero las distinciones desaparecen rápidamente. Una guerra reciente demostró que era difícil mantener a las mujeres detrás de las líneas de combate, especialmente cuando nadie sabe de cierto cómo delimitar esas líneas. Además, las militares están haciendo un *buen trabajo*. Con décadas de feminismo y experiencia laboral, podemos inferir que hacen un trabajo dos veces mejor que la mayoría de los hombres –porque esa es la manera en que las mujeres abordan las actividades definidas como sólo para hombres. El problema con esta actividad particular es su íntima conexión con los *cadáveres y las casas derruidas*, tomando la descripción que das de las fotografías de la guerra civil española y que se aplica igualmente a las imágenes de Irak que recorren el mundo estos días y en que podemos ver

² Mantengo el masculino *soldado* con el propósito de subrayar el contexto y de hacer un extrañamiento personal a esta actividad, de manera diferente a como la prensa la llamó *guerrero Hopi*.

los cuerpos destrozados sobre el suelo, entre las casas destruidas. Como feministas, objetamos ferozmente el “cambio de régimen” que mata mujeres y niños que no han tenido ningún poder de afectar al régimen en cuestión.

Y por otro lado, en Estados Unidos, otras mujeres muertas llegan en bolsas de plástico, pero son lloradas como héroes, como guerreros. Como feministas, apoyamos el derecho de las mujeres de hacer sus propias decisiones y de vivir sus propias vidas y ganar su dinero, con lo que ciertamente se afectan las materias de la guerra y la cultura... pero, Virginia, tú viste la trampa. En los años anteriores a que las mujeres tuvieran cualquier independencia, una mujer recibía *una educación no pagada a manos de la pobreza, la castidad, el escarnio y la libertad ante lealtades irreales*. ¿puede acaso una mujer mantener esa libertad ante las lealtades irreales cuando se enlistar, obtiene su cheque, su uniforme, su entrenamiento y cierta medida de respeto junto con el mismo viejo escarnio? ¿cómo puede tener sentido lo que hace, protegiendo pozos petroleros mientras arden los museos y se asesinan mujeres y niños desde una distancia segura?

¿Cómo podemos pedirle a una mujer soldado mantener su libertad ante las lealtades irreales cuando las mujeres senadoras parece que *eso* no lo manejan?

En el mundo que tenemos ahora –no, Virginia, no el que deseabas, sino más bien el que temías- o nos sometemos a lealtades irreales o somos Dixie-Chicheadas³.

Tú decidiste donar una guinea a la sociedad que promovía la inclusión de la mujer en las profesiones, y solo le pedías a dicha sociedad que tuviera en claro que

Si está mal vender el cuerpo, es peor vender la mente.... si están de acuerdo con estos términos, pueden entonces profesionalizarse y mantenerse incontaminadas. Ustedes pueden liberar a las profesiones de su posesividad, sus celos, su belicosidad, su avaricia. Las pueden usar para tener una mente propia y una voluntad propia. Y ustedes pueden usar esa mente y esa voluntad para abolir la

³ En una entrevista con Diane Sawyer, una de las Dixie Chicks citó a Madonna, que dijo que no quería ser *Dixie-Chickeada*, así que quitó las escenas militares de su último video antes de hacerlo público. Entonces, en este contexto, *Dixie-Chickear* significa denigrar, abusar, amenazar, boicotear y avergonzar de cualquier manera a una artista por ejercer su derecho de expresión al criticar a un presidente amante de la guerra.

inhumanidad, la bestialidad, el horror, la estupidez de la guerra.

Donaste también otra guinea a la campaña de ayuda para la prevención de la guerra y para *proteger la cultura y la libertad intelectual*. Pero rechazaste la invitación de su eminente director para unirse a su campaña diciéndole:

Lo mejor que podemos hacer para prevenir la guerra es no repitiendo tus palabras ni siguiendo tus métodos, sino encontrando nuevas palabras y creando nuevos métodos.

El feminismo del siglo XX se volvió conciente en los Estados Unidos gracias a las luchas antirracistas y a la guerra de Vietnam. Una vez más, las mujeres salieron de sus casas y salones de clase para participar, manifestarse, arriesgar sus vidas y probar su fuerza, muchas oponiéndose a la guerra, pero aún, de algunas maneras, siendo liberadas por la coyuntura provocada por ella. Luego hubo un esfuerzo largo y silencioso para *encontrar nuevas palabras y crear nuevos métodos* para la transformación del patriarcado.

Ahora, el patrón se vuelve a repetir. Algunas estadounidenses protestan y otras más las avergüenzan. Algunas están en los campamentos o incluso en el campo de batalla y otras esperan, como siempre han esperado las mujeres, que

regresen sus hijos e hijas a casa. Al mismo tiempo, las mujeres irakíes buscan entre las ruinas de sus barrios bombardeados algo de comida, de agua, y a sus niños perdidos.

Algunas mujeres aquí y por todo el mundo buscan todavía *encontrar nuevas palabras y crear nuevos métodos* para traer la paz a nosotras mismas y al mundo entero. Este es el trabajo de muchas mujeres de la Diosa, que trabajan sin honores ni credenciales ni instituciones, sin dietas parlamentarias ni privilegios, sin sueldos ni pagas. Es el trabajo de muchos círculos de mujeres que convierten la magia de la diaria sobrevivencia en la magia de la sobrevivencia planetaria. Es el trabajo de muchas mujeres y hombres que resisten el jalón de sus pesadillas y la fascinación pasiva que produce la televisión y CNN para hacer, cada día, algo positivo.

Virginia, era 1941 cuando llenaste tus bolsillos de piedras y caminaste hacia el río. Tu casa en Londres había sido bombardeada y habías sido testiga de la uniformización, las bravatas, los desfiles. Sabías que todo eso iba a empeorar. ¿ Fue acaso la pesadilla íntima o la pública la que te mandó a sumergirte en el río? ¿o es que ya no pudiste distinguir entre las dos?

En *Tres Guineas*, escrito antes de que las bombas cayeran sobre tu casa, habías escrito:

Nos une un interés común: es el de un mundo, una vida.

Qué esencial es que nos demos cuenta de que esa unidad está probada por los cadáveres y las casas derruidas. Porque así será nuestra ruina si, en la inmensidad de tus abstracciones públicas, olvidas la figura privada, o si, en la intensidad de nuestras emociones privadas, olvidamos el mundo público. Ambos hogares serán derruidos, el público y el privado, el material y el espiritual, por que están inseparablemente conectados.

Es todavía muy pronto para poder saber si las mujeres soldado nos harán confrontar la ancestral realidad de que la guerra es mortal para las mujeres, o si estas mujeres y la maquinaria bélica cambiarán entre sí de maneras positivas difícilmente concebibles. Tal vez a través de todo este horror nos estamos moviendo hacia un tiempo en el que puedan ser abandonadas esas lealtades irreales y sea reconocida nuestra verdadera conexión con los cadáveres, las ruinas, las mujeres en todas partes, en cada lado de cada acción que lleva a una guerra, o aleja de ella.

Elizabeth Ross ©
2004-06



Los Cuadernos del Viento
2

5célula, arte y comunidad

www.elizabethrossmx.com

elizabethrossmx.blogspot.com

www.identidadesgea.org

Morelia, Michoacán, México